

ECONOMÍA Y POLÍTICA



REFLEXIONES SOBRE LA AUTORIDAD



Por Juan Carlos MANDUJANO RAMOS

Economista

jcmandujano@gmail.com

La falta de respeto a la autoridad y la conducta de “cada uno hace lo que quiere” han calado en nuestra sociedad. Desde la corrupción empresarial de alto vuelo hasta las actividades ilícitas del día a día. Y al respecto, tampoco nuestro sistema judicial colabora, pues su falta de celeridad y fallos cuestionados terminan fomentando el círculo vicioso de actos subrepticios, siempre en el marco de ausencia o falta de autoridad.

La ausencia de autoridad no es algo nuevo ni exclusivo del Perú. Ya la filósofa Hannah Arendt lo señaló al escribir que “la autoridad ha desaparecido de mundo moderno” y, en mi entender no le falta razón. En su ensayo “¿Qué es autoridad?”, de 1954, señala que el concepto se ha alejado de lo que representó en el pasado, cuando la autoridad venía alineada con la religión y la tradición.

La primera, claramente difícil de suceder en un mundo plural y con altos segmentos laicos, y la segunda, enfrentada a nuevas generaciones cada vez más desconectadas de su pasado.

En el Perú, país que vivió alienado y con la mirada hacia afuera en búsqueda de un modelo a seguir, las cosas no han sido fáciles en el proceso de desarrollo de identidad y orgullo nacional. Desde la independencia se dice que el Perú nació como país fallido. Sin embargo, vale la pena señalar nuestra vida como nación contemporánea, la que no muchos recuerdan. Preguntarse, por ejemplo, qué generó en el Perú una dictadura militar popular de izquierda y, años después, un régimen promotor de la economía de mercado que vio en el cierre del Congreso un acto popular, muy aceptado entonces, y el gatillador del desarrollo de su propuesta económica. O lo que significó tener economías artificiales o cerradas al extranjero, empresas públicas ineficientes o aventuras políticas que por consagrar a ciertos grupos de interés terminaron en procesos inflacionarios y con un país quebrado.

Que nuestro país viva a la espalda de su historia contemporánea es solamente nuestra responsabilidad. Somos una ciudadanía alejada de la esfera pública, desconectada de nuestra tradición política, y una sociedad que no lee y desconoce su historia, está destinada a repetirla.

Por un lado, está el desarraigo de las élites de la política y la vida pública, y por otro la escasa importancia que se le da al proceso electoral y al desinterés de los votantes por la política.

Esto genera desconfianza hacia los gobernantes que se refleja en una continua falta de respeto a la autoridad. Arendt menciona que la autoridad no es persuasiva en el sentido de convencer a la ciudadanía de la idoneidad de sus acciones y políticas. Asume un respeto y, de alguna manera, una veneración por el liderazgo que ejerce. Para lograrlo, necesitamos creer en los políticos y hacerlo implica comenzar por conocerlos y ejercer responsabilidad con nuestro voto. Saber y querer votar.

Una de las grandes lecciones de Arendt, quien escapó de la Alemania Nazi, fue la de no confundir autoridad con totalitarismo, ni buscar una solución de falta de autoridad con un líder “autoritario”. La coacción vinculada a un régimen totalitario o a un dictador nunca podrán ser entendidos como una legítima autoridad. Lamentablemente, cuando la autoridad se exige en “tierra de nadie”, suele haber voces que claman por un líder autoritario. La historia nos enseña que eso no termina bien. Estamos en medio de reformas claves que apuntan a legitimar nuestra institucionalidad y devolver el cáliz de autoridad que se necesita. Buenas reformas como la electoral, la política y la judicial son un clamor de quienes buscamos la sostenibilidad de nuestra patria y de su economía. Hoy enfrentamos una crisis de impactos nunca antes vistos. A la crisis sanitaria se le suma la económica y episodios de crisis política continuos.

Estamos en un momento crucial para el devenir de nuestra nación con un proceso electoral *ad-portas* que coincidentemente se da en nuestro Bicentenario. Necesitamos llegar a acuerdos mínimos respecto a qué conceptos nos definen como país y qué visión de país anhelamos y trabajar para lograrlo, uniendo fuerzas y voluntades de todos los grupos de interés. A ello creo firmemente que sumamos la necesidad de contar con líderes que ofrezcan una visión de país realista que pueda ser compartida por todos los estamentos sociales y económicos. Necesitamos firmemente reflexionar en torno a valores y educación cívica. El respeto hacia una autoridad parte del respeto a nosotros mismos y a nuestros conciudadanos para que sea un respeto sano que no devenga en autoritarismo. No desaprovechemos la oportunidad. Éste es el momento en que se necesita dar un paso hacia adelante, comprometerse, y actuar en consecuencia.

